



Compiladora
Kattia Rebeca Rodríguez Brenes

krodriguezbr@utn.ac.cr

 <https://orcid.org/0000-0002-7684-5769>



Andrea Salazar Arias

Cuando algún funcionario llega al Área de Medicina Laboral de la Universidad Técnica Nacional, es frecuente contactarse con Andrea, no por ser la enfermera del consultorio, sino por su carisma y forma de tratar a los que llegan a esperar ser atendidos.

Esta historia que trasciende inicia cuando Andrea Salazar Arias comparte su experiencia de vida con nosotros, como los hilos de su vida se fueron entretejiendo. Desde sus primeros meses de vida, su madre la entrega a sus abuelos paternos, quienes, sin dudar, la aceptan y la acogen, lo cual transforman sus vidas desde ese preciso momento.

Ella nació en marzo de 1980 en la provincia de Alajuela, oriunda del distrito de Carrizal (ubicado al este del centro de Alajuela) un pueblo que se caracteriza por tradiciones y rodeado de cafetales y parajes hermosos.

Siempre estuvo al cuidado y atenciones de sus papás (abuelos), en un hogar cobijado de

Historias que trascienden barreras

“El tiempo que trabajé como conserje, lo hacía con amor, dedicación y sabía que algún día tendría mi recompensa”.

Andrea

amor. Esa dedicación se convirtió en un constante impulso para salir adelante. Su niñez la transcurrió en aulas del kínder y el centro educativo del mismo pueblo, años que transcurrieron llenos de alegría.

Al concluir su primaria asume sus primeras decisiones al querer seguir estudiando, por lo que ingresa al colegio del Roble de Heredia, esa decisión significaría mucho esfuerzo por parte de sus padres. El proceso educativo no fue fácil para ella, lo que decide darse un tiempo, pero su hermana Julia siempre la estimulaba y la aconsejaba a seguir estudiando; consciente de esto decide avanzar, por lo que se matricula en el colegio nocturno y ahí estuvo por cuatro años.

Fue así como complementó sus estudios en conjunto a diversos trabajos que le gustaban, ya que siempre consideró que “todo lo que se hace con amor fructifica en acciones”. Estos iban desde cuidar niños, limpiar casas y atender sodas, en horarios de seis de la ma-

ñana, —que salía de su casa— hasta las 10 de la noche, —hora que aproximadamente llegaba— después de estudiar en el colegio.

Gracias a ese entusiasmo y dedicación al hacer sus trabajos, le ofrecen laborar en la soda del antiguo Centro de Investigación y Perfeccionamiento de la Educación Técnica (CIPET) ubicado también en Alajuela y, al año siguiente, le ofrecieron cubrir el puesto como conserje.

Por la dinámica que realizaba en el CIPET, pudo colaborar en otras actividades, como en la biblioteca, archivo, en publicaciones y recepción, en fin, siempre tenía un sí, pues consideraba que todo era un aprendizaje.

La vida le permitió conocer al que ella llama “mi compañero, amigo”, el que se convertiría en su esposo unos años después. Pasado un año de su matrimonio tiene a su primer hijo, por lo que deja de estudiar en el colegio nocturno y decide concluir el año que le faltaba por medio del sistema de educación por madurez.

Sin duda, fueron momentos difíciles, pero ¡quién no ha experimentado tiempos adversos cuando empieza algo! Continuó trabajando entre sus obligaciones, responsabilidades y actividades familiares; había materias que aprobaba y otras no, recuerda ir a presentar la asignatura de matemáticas embarazada, y estar sentada por mucho tiempo concentrada en el examen.

Otra de las asignaturas era inglés, la cual le generaba angustia, pero no se rendía y seguía presentándose, por fin en el año 2011 obtuvo el título de bachillerato por madurez, ¡hubo muchos sentimientos encontrados! Pero era increíble ver a toda su familia acompañándola. La graduación se realizó en el Auditorio Nacional ubicado en el Museo de los Niños en San José, —no podía creer tanta alegría—.

En ese momento, comprendió que lo que ella se proponía lo lograría, que solo con voluntad y una buena actitud los sueños se cumplen. Fue ahí donde deseó estudiar tantas cosas, quería Psicología, Derecho, inclusive Educación Bilingüe, pero un día pensando en el don de servir,

valoró la carrera de Enfermería y una noche conversando con su hermana Julieta, le comentó su deseo e inició los procesos para inscribirse —no lo pensó mucho y se fue por ello—.

Por supuesto, el proceso no fue nada fácil, ya que pensaba en el tiempo que debía invertir para el estudio, el costo y las responsabilidades, sin contar que su trabajo y familia le demandarían más que el estudio. Pero, ella estaba convencida de su sueño y se inscribió en una universidad que se encontraba en la capital, asistiendo a clases tres veces a la semana.

Este proceso introductorio duró ocho meses, lo que en realidad fue muy agotador, sin mencionar que el dinero invertido también era mucho. Es así como su familia le sugirió buscar una universidad que quedara más cerca de su casa y también la posibilidad de solicitar un préstamo para costear sus estudios.

Solicita, así, el préstamo para continuar sus estudios en otra universidad, ya que era su momento, ¡nada la detendría!, era necesario continuar su carrera de Enfermería y con ello cumplir su sueño.

Sin horas libres para otra cosa que no fuera el estudio, después del trabajo se iba a la biblioteca de la universidad, para luego ir a su casa a atender las obligaciones con su familia y en las noches se quedaba estudiando. Recuerda que muchas ocasiones, veía como sus hijos se quedaban dormidos a su lado, y ella solo pensaba que todo eso era también para ellos.

Definitivamente, su carrera le apasionaba a pesar de tantos sacrificios. Al cambiar de universidad fue todo diferente, pues estaba más cerca de su hogar y de su trabajo, pero el tiempo seguía siendo limitado, ya que las condiciones que le indicaron al solicitar el préstamo, era que tenía que cumplir con el bloque completo, lo que implicaba matricular cuatro materias, más los cursos de campos clínicos. Por este motivo, iba cuatro veces a la semana a la universidad, trabajaba en horarios de mañana, tarde y noche, así continuó durante el resto de la carrera.

En ocasiones escuchó comentarios pocos alentadores, pero a pesar de esas palabras negativas, siempre tenía la idea de seguir adelante. Sin duda alguna, lo que más la motivaba era ver la cara de su mamá (abuela) cuando la veía vestida con el uniforme blanco de enfermera, —esa cara nunca la ha olvidado—. Lastimosamente, su mamá (abuela) murió antes de que Andrea concluyera su carrera, fue un golpe muy duro, ya que no pudo verla graduarse, pero recuerda que siempre le decía que ayudara a los más necesitados.

El apoyo que obtuvo de su familia, amigos, hermanas, esposo y compañeros fue fundamental, ya que sin ellos jamás hubiera logrado todo lo que ella se había propuesto. Por eso, finalizó los estudios del bachillerato y licenciatura, recuerda que en su acto de graduación estuvo presente su familia. Sin duda alguna, recuerda las palabras del maestro de ceremonias de la graduación, que decían ¡vuelvan a ver a sus familiares y dedíquente ese título!, entonces

fue instantáneo el dulce recuerdo de su mamá (abuela), que sabía que desde el cielo le sonreía.

En octubre de dos mil dieciocho, se abrió una plaza para trabajar en el Área de Medicina laboral en la UTN. Era la oportunidad que ella siempre rogaba que sucediera. Para el mes de noviembre del mismo año, se encontraba laborando y haciendo lo que por fin quería y por lo que había dedicado tanto esfuerzo y empeño. Esta espera la combinó ayudando a asociaciones como CHEPE se baña, en la comunidad donde vive y en el Buen Samaritano, siempre entregando su cariño y buen trato para con los demás.

Actualmente, su mayor logro es ver a sus hijos crecer felices e inculcarles el valor de dar sin recibir nada a cambio, porque la mejor forma de sentirse bien es ayudar... Porque Dios recompensa, pero todo en su tiempo y de su mano.